

Los cuentos del colibrí

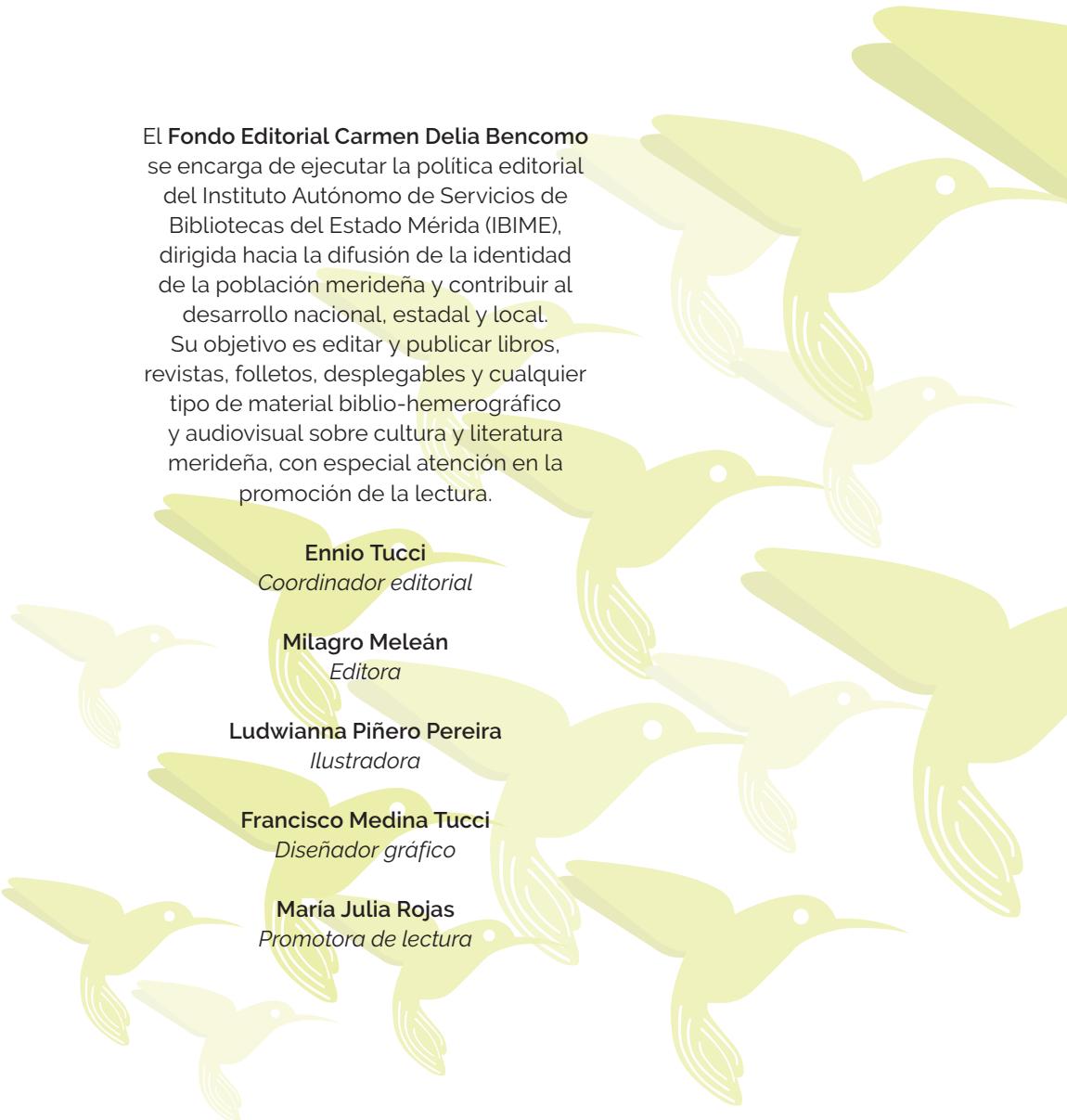
Carmen Delia Bencomo

Ilustraciones de
Ludwianna Piñero Pereira



Biblioteca
Carmen Delia Bencomo
SERIE Cuento





El Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo se encarga de ejecutar la política editorial del Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas del Estado Mérida (IBIME), dirigida hacia la difusión de la identidad de la población merideña y contribuir al desarrollo nacional, estadal y local. Su objetivo es editar y publicar libros, revistas, folletos, desplegables y cualquier tipo de material biblio-hemerográfico y audiovisual sobre cultura y literatura merideña, con especial atención en la promoción de la lectura.

Ennio Tucci

Coordinador editorial

Milagro Meleán

Editora

Ludwianna Piñero Pereira

Ilustradora

Francisco Medina Tucci

Diseñador gráfico

María Julia Rojas

Promotora de lectura



**Gobernación del Estado
Bolivariano de Mérida**

Jehyson Guzmán
Gobernador

**Instituto Autónomo de
Servicios de Bibliotecas
e Información del Estado
Bolivariano de Mérida
IBIME**

Zenaida Hernández
Presidenta

Carlos Roberto Mora
Director



Nota editorial:

La publicación del presente libro se realiza sin fines de lucro, preservando los derechos de su autor y constituye un aporte al acervo cultural de estado Mérida-Venezuela. Su publicación en línea se realiza de forma gratuita en los espacios del editor y aquellos que el autor considere necesarios.

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

© Herederos de Carmen Delia Bencomo, 2022.

© Ludwianna Piñero Pereira (ilustraciones), 2022.

© Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas
e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME, 2022.

Sector Glorias Patrias, Calle 1 los Eucaliptos,
entre Avs. Gonzalo Picón y Tilio Febres Cordero.
Mérida, Venezuela.

Telfax: 0274-2623898

Correo: fondoeditorialcdb@gmail.com

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

Coordinación editorial: Ennio Tucci

Edición y corrección: Milagro Meleán

Diseño Gráfico y diagramación: Francisco Medina Tucci

Ilustración: Ludwianna Piñero Pereira

Promoción: María Julia Rojas

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal:

ISBN:

Encuentra este y otros libros en:

<https://carmendeliabencomo.wordpress.com>

Los cuentos del Colibrí

Carmen Delia Bencomo

Ilustraciones de Ludwianna Piñero Pereira



Biblioteca Carmen Delia Bencomo
Serie Cuento



Los cuentos del colibrí

El colibrí que vive en Maracaibo se siente muy feliz esa mañana, porque brilla más el día y el lago es como un inmenso espejo donde se mira el sol.

—Iré a dar un paseo por Los Andes —dice—. Allí contemplaré las altas montañas y los hermosos árboles, ancianos que guardan los caminos.

—Y se va, se va... salta de rama en rama; de barco en barco. Cansado de tanto subir y bajar llega a un pueblecito donde el frío le baña su rostro y todo su pequeño cuerpo.

—¡Qué bellos ríos y paisajes tienen estas tierras —dice— y con la punta de sus alas y su largo pico, toca el agua y cada flor en las que puede estar, lo que dura el pestañar de sus ojos!

En el tronco de un gigantesco bucare se detiene a escuchar el canto de una cigarra que taladra el silencio y las flores que perfuman el aire.

El colibrí encantado se acerca poco a poco y pregunta a la cigarra:

—Dime, ¿por qué cantas sin cesar y sin temor a que se te rompan tus cuerdas?

—¡Mis cuerdas no duran mucho! —responde la cigarra—. Canto al sol, al verano, al amor y mis canciones las repiten otras cigarras, para llenar de alegría a los árboles, las flores, al viento, la tierra y el agua.

—¡Oh, qué linda misión la tuya! —le dice el colibrí—. Vente conmigo. En Maracaibo cantarás mejor porque el sol extiende su luz con más fuerza por el lago, palmeras, ciudades y pueblos.

Entonces la cigarra y el colibrí se van juntos. A veces se quedan al pie de un árbol o de una flor para descansar y la cigarra sigue con sus cantos. El colibrí la escucha extasiado. No sabe que la vida de las cigarras es muy corta. Tampoco sabe que pasan mucho tiempo como larvas bajo la tierra y una noche, ya adultas, salen a la superficie para cantar, amar y morir. Por eso al día siguiente, su compañera se quedó dormida sobre una piedra, con la cara al cielo. De nada valieron los esfuerzos del colibrí, rondas, palabras de aliento, cuentos de otros pájaros y jardines; encantamientos y esperanzas. La cigarra no volvió a cantar, ni mucho menos volar. Se quedó tendida, junto al rocío, con sus alas de celofán apenas movidas por la brisa.

El colibrí sigue su camino solo y triste, repitiendo sus últimos cuentos y canciones para contárselos a los niños de Maracaibo. Atraviesa de nuevo el lago y en su ciudad de luz reúne las hojas del jardín.

Con los colores y aromas de las flores consigue una tinta y se dispone a hacer un libro de cuentos, alas y música; mas cuando va en busca de mieles al patio de una escuela vecina, dos cerbatanas le roban sus ricos materiales y el colibrí lleno de dolor se pone a llorar y llorar.

Vienen los pájaros a consolarlo; la mariposas, los otros colibríes; hasta las hormigas comparten sus tristezas. Nadie logra hacerle recobrar su alegría y cansado se queda dormido. En sueños escucha el canto de la cigarra.

Cuando despierta halla una viejecita que lo contempla con sus ojos llenos de lágrimas.

—Abuelita, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?

—¡Ay! Colibrí, mis nietecitos han prometido venir a pasar las vacaciones conmigo y desean muchos cuentos. Todos los que sabía se los conté el año pasado.

—¡Qué día tan hermoso! ¡Qué emoción poderle repetir las canciones de la cigarra para que tengan sus nietos muchos cuentos nuevos en sus vacaciones! —dice el colibrí muy contento y comienza a contar:

—Había una vez...



El cuento de la Cigarra niña

Primer premio en el Concurso del Cuento Infantil, promovido por el Banco del Libro en Caracas, 1965.

Cuando la cigarra llegó al barrio de las margaritas, eran pocos los que en este mundo sabían cantar. La cigarra llegó callada, con su traje de tierra y sus patas escondidas. Empezaron a murmurar todos, principalmente la mariposa y el loro. Nadie sabía en el barrio que las cigarras son unos seres hechos de sol y de música. Y en lo que la tarde asomó la cara, la cigarra se abrió el pecho, fue graduando un poco sus cuerdas, modulándolas, y lanzó su canto firme, uniforme, sostenido, un canto que agujereaba el aire, el azul, el cielo.

Entonces comenzó la envidia. Dijo la mariposa a la cigarra:

—No tienes este vestido mío que lo renuevo todos los años con rocíos y estrellas.

Y dijo el pavo real:

—Yo soy feliz porque me hice poner en las alas todas las mariposas del mundo.

Y dijo el loro:

—Yo tengo plumas rojas en las alas y en la cola, y a veces canto.

Y dijo el caracol:

—Yo soy como una perla aplastada que cayó de un mar lejano, por eso no puedo caminar bien, pero mi color es fino.

Y dijo el bachaco:

—Yo cargo con troncos y los escondo bajo tierra para que mis hijos no tengan frío en el invierno.

Y dijo la cerbatana:

—Aunque soy delgada y muda protejo las rosas. Yo desciendo de la jirafa, lo que pasa es que soy más pequeña.

Y dijo el cigarrón:

—Yo hago mis casas dentro de la madera para que allí nazcan mis hijos, y a mí me copió el hombre cuando inventó el avión. Sé rugir como los aviones y también aterrizar.

Cansada ya la cigarra de tantas palabras, voló a una rama, desperezó un poco sus alas, afinó sus cuerdas, y dijo solemne ante la asamblea:

—Mariposa, tú tienes lindos colores en las alas, pero eres muda, lo mismo que el pavo real, que te robó muchos rojos, verdes, azules, para vestirse, y la belleza eterna no es muda.

—Y tú, pavo real, además, eres necio y fatuo.

—Loro, porque tienes dos plumas rojas en las alas, dices que eres bello y no has pasado de charlatán.

—Tú, caracol, cállate, no tienes color ni voz; y tú, bachaco, aunque protejas tus hijos, asaltas y robas las hojas de los árboles y también te comes los hijos de las mariposas, los hijos de las lombrices, de las arañas, que tienen derecho a la vida.

—Tú, cerbatana, y tú, cigarrón, ¿para qué sirven ustedes? Una es flaca como una rama difunta, y el otro es hinchado como una semilla. Todos ustedes son torpes. La belleza está, según lo dispuso Dios, en el canto. Cuando un pájaro canta en el bosque, nadie pregunta de qué color será. Ustedes se han reído de mí, porque mi traje es humilde y del color de la tierra. Yo soy el único ser que nació para cantar y que muere cantando.

Cuando amaneció, la mariposa halló al pie de una rosa dos alas casi blancas que se confundían con la tierra, con el aire, que dialogaban con el rocío, con los primeros retoños, con las últimas neblinas.



El hacedor de sueños

No recuerdo cómo llegué a este pueblo inventado por tres hombres que no tuvieron infancia, porque esta solo existía para los que tenían mucho dinero, y ellos eran pobres y trabajaban muy duro de noche y los ratos que no iban a la escuela, para ayudar a sus familias. Vivían a las orillas del pueblo y se conformaban con lo poco que podían adquirir. Así pasaron muchos años donde hasta la luz tenían que comprar, traer a la espalda el agua del río, buscar la leña en el monte vecino; salir de campo en campo para recoger las frutas silvestres.

En realidad la vida de estos niños era trabajar y trabajar. Desde las primeras horas de la mañana, antes de ir a clases, estaban en la calle vendiendo café y arepas de harina de maíz o de trigo, con queso criollo, hechas por sus madres y que los campesinos y obreros, levantados también con el alba, comían con gran apetito, en medio de la alegría de los niños. El regreso era entonces menos pesado. Lo único que no les costaba dinero ni trabajo era soñar y ellos siempre soñaban.

Una vez vendieron todo temprano y ya se disponían a volver a sus casas, se sentaron a jugar con las piedras y hablaban de sus grandes pensamientos. Eran los mismos: limpios, puros, de varios colores.

Por eso, lo que giraba alrededor suyo era luminoso, cantarino y atraía la atención de los animales y las plantas que revivían al escuchar el acento claro de sus voces y el ruido de sus juegos.

Poco acostumbrados a jugar, pues llevaban una existencia de adultos antes de tiempo, se sentían felices ese día, quizá porque el sol era más radiante o por las ventas. Hasta podían darse el lujo de descansar.

—Cuando yo sea grande seré hacedor de casas y caminos —dijo uno de ellos, hijo de un albañil quien veía cómo su padre, ladrillo a ladrillo levantaba una casa y con escardilla y sudor despejaba lugares para abrir comunicación con otras partes.

—¡Y yo hacedor de paisajes! —dijo el que miraba más emocionado el cuadro de la mañana, con la sonrisa del verde dibujada en sus ojos y el azul llenando de espacios las miles de figuras solo alcanzadas a ser vistas por él.

—Y yo hacedor de cuentos para que todos los niños tengan la compañía de sus padres por las noches escuchándolos —dijo el tercero.

Los tres niños se quedaron de pronto en silencio para hacer más solemnes aquellos hermosos deseos, cuando del fondo de la tierra escucharon una voz dulce, suave, como si fuera de la hierba.

Sonaba en el aire o dentro de ellos mismos:

—¡Yo soy el hacedor de sueños! Vivo en los niños y los ayudo hasta que se hacen grandes. Algunas veces se olvidan de mí y tengo que irme. Otras, los hombres cambian esos sueños de colores por oscuros y huyo hasta lo más profundo de la tierra. Los deseos de ustedes se harán realidad, mas deben seguir siendo estudiosos, trabajadores y soñadores para conseguirlo. Yo los ayudaré y con días tan hermosos como el de hoy todo será más fácil.

En verdad, era tan hermoso el día que los pájaros venían a picotearlo sin romperlo. Las mariposas a darse baños de luz sin herir los cristales y los árboles se estiraban y sacudían para resaltar más la flor que se abría; el nido de donde asomaban sus piquitos los pichones o el fruto que reventaba en mieles. En medio de esta belleza silenciosa el río seguía su camino noche y día, llevando hasta su final las historias y leyendas de nuestras montañas y llanos.

Todo esto me lo cuenta el viejo campanero que hace campanas de barro y las pone en su tienda del mercado. Suenan con el viento y atraen a los compradores que quieren cambiar el ruido de las ciudades de donde vienen por el dulce tintineo de la tierra cocida.

Y el viejo vendedor de las mil hierbas de aromas, también me dice que ese pueblo comenzó cuando los tres niños soñadores se hicieron hombres, estudiosos de las ciencias y las artes y alcanzaron puestos muy importantes sin olvidar la conversación que tuvieron aquella mañana hermosa, junto al hacedor de sueños.



—Lo principal es este mercado en forma redonda —dice la vendedora de legumbres— donde tienen cabida todos los vendedores del campo y del pueblo con los productos propios y con todas las facilidades, además, en el centro está el parque donde nuestros niños tienen sitio para jugar y soñar sin peligros.

—En este pueblo lo que más llama la atención de los visitantes, es la limpieza, el orden y la bondad de los adultos para guiar a los niños, quienes gozan de todas las preferencias, porque saben que serán los repetidores de las grandes obras de hoy y los promotores de las del mañana —dice el vendedor de aves y huevos.

—Quizás el que más ha trabajado es el hacedor de casas y caminos ¿verdad? —preguntó al observar las construcciones tan buenas, bellas y las fáciles vías.

—Todos trabajamos por igual —respondió el vendedor de papagayos—. Cada uno tiene su misión para cumplir y cada quien es guardián del orden, vigilante del silencio, protector de nuestras riquezas naturales.

—Y ¿el hacedor de paisajes qué hace?

—¡Ah! Ese señor tiene un trabajo muy interesante y bonito —dice el frutero—. Cambia constantemente los paisajes feos por hermosos lugares. Da ideas para los parques, jardines y sitios de recreo donde se siembran árboles frutales, principalmente para los

pájaros y los niños, quienes toman las frutas sin golpear sus ramas, y los colegios y escuelas se turnan para el cuidado diario.

—Y ¿el hacedor de cuentos?

—Ese trabaja todo el día. Hace o recopila cuentos para los niños. Prepara personas que salen todas las noches, de casa en casa, a contárselos a los pequeños soñadores. Revisa lo que escriben otros con especial atención y los selecciona de acuerdo a las distintas edades. Entonces el hacedor de sueños se encarga de vigilar para que ninguno se quede sin realizar.

—¡Es tan hermoso este pueblo que me quedaré a vivir aquí! Colaboraré con todas las personas del lugar para hacerlo el más grande del mundo, no en tamaño, sino en riqueza espiritual y humana —dijo llena de emoción.

—En todas partes del país —dice un anciano, vigilante del tiempo—, se habla de nuestro pueblo y quieren venir unos días para descansar y vivir en la pureza natural de este sitio, y sus habitantes se sienten felices de brindar hospitalidad, seguros de que muchos no se instalarán en sus dominios porque son necesarias estas condiciones: ser generoso, trabajador, estudiioso y soñador.





Las primeras lecciones de Pico de Plata

Segunda mención especial en el Concurso promovido por el Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables 1978.

Pico de Plata, el menudo pájaro color ceniza, aprendió de sus padres las primeras lecciones y los primeros vuelos. A veces se escuchaban sus trinos acompañando el alba para saludar al día o su arrullo por las noches para recibir el sueño. Sus notas agudas y claras sobresalían en los conciertos de los pájaros.

Iba de rama en rama sacudiendo los pañuelos de los azahares, la risa de los granados; de árbol en árbol probando vuelos y ya seguro de sus alas cubría la distancia que hay del nido al huerto vecino. A medida que lograba éxitos y sus cantos se hacían más firmes abarcaba mayores espacios.

Un día el Guainí, un viejo pájaro de las montañas, lo miró con cariño y le advirtió de los peligros del bosque:

—¡Cuídate de todo! —le dijo—, encontrarás malvados que intentarán ensañar sus punterías en tu frágil cuerpo. Algún criminal o inconsciente prenderá fuego al bosque y tendrás que morir quemado o emigrar a otros sitios que te son desconocidos. No faltará un egoísta que quiera para sí solo el canto de tu garganta y te encerrará en una jaula y el mundo reducido entristecerá tus canciones.

—Cada quien viene al mundo con algo qué ofrecer a los demás —pensaba Pico de Plata—. Unos traen belleza para deleite de los ojos. Otros el don de la palabra o el del canto y la mayor parte, bondad para hacer la vida más bella.

Divisó el agua cristalina que se deslizaba sobre una roca y Pico de Plata que tenía sed se inclinó para tomarla. El suave ruido de las hojas secas y de las piedras del río hicieron salir al viejo y ciego carpintero que llamaban Pico de Oro, porque hablaba muy bien y sabía decir cosas muy hermosas. Vivía en el hueco de un árbol.

—¿Quién anda por aquí? —preguntó asomándose a la puerta de su humilde casa.

Pico de Plata asustado respondió con una dulce canción.

—¡Ah! Es el pequeño Pico de Plata —dijo el carpintero.

Estas palabras animaron al pajarito que se acercó sin recelos.

—Conozco a tus padres y no puedo verte porque mis ojos quedaron sin luz. Desde ese instante se me perdieron los colores del día y solo puedo mirar con los ojos que llevo dentro. Tu canto es hermoso, pero cantar y volar no lo es todo. Es necesario estudiar y aprender mucho en la cartilla del día, en el abecedario de la hierba, en el libro que todos hacemos y del que participamos. Yo puedo enseñarte muchas cosas. Me llaman el maestro Pico de Oro y por aquí pasan todos los pájaros a recibir sus primeras lecciones.

El viejo y ciego Pico de Oro siguió hablando y Pico de Plata lo escuchaba atento.

—Para que embellezcas más tu canto es necesario que conozcas las bellezas de la vida, escucha:

La a nos dice que abril
viene con flor de lucero.

Abecedario de añil,
amiga abeja, te espero.

La b es una niña buena
que nació con la mañana.
Bebe, nos dice la fuente,
yo soy el balcón del agua.

Con c comienzan sus rumbos
corazón, camino, canto,
canarios y colibríes:
¡hermosos hijos del campo!

Nacen canciones de cuna
a orillas del cundeamor,
con corderitos de espuma
y campanitas de olor.

Pico de Plata lo escuchó lleno de júbilo y aguzando sus oídos repitió una a una las estrofas que acababa de aprender, acompañándolas con su flauta.

Dio las gracias a su maestro y le prometió venir todas las mañanas a aprender cosas nuevas y útiles porque el viejo Pico de Oro le sabía enseñar las canciones de la vida.

El carpintero Pico de Oro, sonreía arriba, entre las grandes ramas de los árboles, Pico de Plata saltaba gozoso y cantaba en la puerta de la casa de su amigo, esa casa que tallara a fuerza de pico, en la entraña de un rojo bucare.

De pronto un gran calor enrareció el aire y una fuerte luz estremeció el bosque. Todos los animales: pájaros, mariposas,

colibríes, un sinfín de insectos y hasta hombres y niños corrían.

—¡Fuego! —gritaban los hombres.

—¡Fuego! —parecía gritar el aire y el chirriar de los árboles.

Pico de Plata que ya podía volar más lejos, lo hizo hasta la casa de Pico de Oro que no veía nada, pero que presentía algo terrible. Y dando gritos y saltos de rama en rama, logró encaminar a su viejo amigo y maestro hasta un lugar cercano, donde pudiera permanecer al abrigo de cualquier desgracia.

Vinieron unos hombres y con gruesas mangueras sofocaron las llamas y cuando todo pasó, Pico de Plata regresó a su casa. Todos los suyos habían huido. Buscó la casa de Pico de Oro y observó con tristeza que el fuego había alcanzado su vivienda y del hueco donde habitaba el viejo carpintero salían gruesas columnas de humo mientras el tronco del árbol se iba convirtiendo en cenizas.

Todo era desolación y el aire espeso dificultaba la respiración.

Cuando Pico de Plata volvió, unos días después a aquel lugar, encontró un gran cartelón y gracias a las lecciones de Pico de Oro pudo leer:

CUIDA TUS RIQUEZAS NATURALES
CUIDA TU FLORA Y FAUNA
NO INCENDIES TUS BOSQUES.



—De nada valen estas recomendaciones —pensó Pico de Plata—, es necesario enseñar a los ignorantes, castigar a los malvados, proteger nuestras riquezas, crear conciencia ciudadana —y en lo alto de un árbol se puso a cantar tan fuerte como pudo, todas las canciones del abecedario de la naturaleza que Pico de Oro le había enseñado:

Amigo de la tierra,
Buen hombre del mundo;
Cuida tu natural riqueza.
Despoja de maldad tu espíritu,
Empieza desde hoy a
Formar conciencia ciudadana.
Guarda tu manantial de vida.
Hazte cada día vigilante,
Interesado en el bien de todos
Junta tus esfuerzos cotidianos.
Lucha en el hogar, trabajo, escuela.
Mejora la imagen de tu pueblo
No destruyas los bienes naturales
O conserva los recursos renovables.
Para lograr la patria grande

Que todos debemos disfrutar.
Repitan conmigo estas canciones:
Seamos dueños de nuestra tierra
Tengamos presente los caminos
Umbrales del progreso.
Veneremos su fauna, flora, minas,
Y eliminemos con banderas de trabajo
Zánganos que destruyen nuestra vida.





El hada que tejía el agua y el cielo

A María Virginia, la amiguita de Mérida, como un homenaje al Hada de mi infancia.

Todo comenzó cuando nació María Virginia allá en la pequeña ciudad de la montaña, frente a la Sierra Nevada, donde la nieve se desliza por sus cumbres y llega a los ríos para hacer más fría el agua; donde el viento se cruza por sus alturas para volver más fresco el aire; tan fresco que los habitantes de sus páramos se confunden con los frailejones, acurrucaditos a la orilla del camino.

Todo comenzó, como dije, cuando nació María Virginia y su Hada Ailed que la esperaba desde hacía años y meses, ya estaba junto a su cuna para cuidarla y brindarle su compañía.

—¿De dónde sacaron mi nombre? —le pregunta María Virginia a su Hada.

—Lo buscaron en los libros antiguos; en el jardín, en las obras de los grandes escritores. Por eso, junto al dulce nombre de María, de tantas evocaciones, se enlaza la menuda flor que crece a la sombra de los helechos y granados.

El Hada de María Virginia hace posible todos sus deseos, y si no, le inventa formas maravillosas para que así sea. En las noches de lluvia o de luna le cuenta las grandezas del agua, del cielo, de barcos, viajes fantásticos y cuentos de otras hadas; adivinanzas y charadas que tanto le gustan a la niña y la hacen feliz.

Y mientras el agua cae en los tejados, o la luna se asoma entre los árboles, esas veladas son el puente dorado que une la noche y el sueño.

Viven en una casa grande con huerto, jardín y corral donde encuentran, María Virginia y su Hada, motivos para estar juntas, silenciosas algunas veces o llenando de preguntas y respuestas el día.

Cuando recogen huevos en los gallineros y alguna mamá gallina pasea sus polluelos, el Hada le inventa nombres a aquellos ovillos de plumas:

—Este pollito se llama Triste, porque parece tener más frío que los demás.

—El pescuezo pelado perdió su bufanda una tarde de mucho viento.

—Media Luna, es mitad amarilla y mitad negra.

El Hada coloca los huevos en su cesta, cambia el agua de los bebederos, limpia el corral y María Virginia habla con los animales que entienden su lenguaje de alas y nidos.

—¿Los pollitos también tienen hadas? —pregunta la niña.

—Todos los seres nacen con sus hadas, como tú —responde Ailed.

Ya María Virginia tiene la estatura de la rosa. Algunas tardes va por los campos vecinos en compañía de su Hada y esta le enseña a recoger las frutas sin golpear los árboles; a oír el canto de los pájaros; a tomar el agua limpia de los ríos en la hoja doblada de alguna planta acuática, sin manchar su rostro cristalino.

—Y ¿el agua a dónde va? —vuelve a preguntar María Virginia.

—A otro río más grande, al mar, al lago o a las nubes —le responde Ailed.

En las noches de luna llena el patio es otro cielo y allí representan a los personajes de su libro de cuentos, en los naturales escenarios del jardín.

Es de verdad hermoso aquel mundo en el pueblo azul de la neblina donde viven María Virginia, sus hermanos y el Hada Ailed que teje los paisajes, las gentes, sus costumbres sencillas, las fiestas típicas y la inmensa geografía del agua.



—Yo quiero para el pesebre de diciembre que la Sagrada Familia se parezca a nosotros —le dice María Virginia a su Hada. Y Ailed da forma divina y humana con su aguja y sus hijos de colores, a San José, la Virgen María y el Niño que copian los rasgos físicos y los trajes de los hombres de su pueblo.

Las hermosas figuras de luz y color, junto a la mula y el buey, se colocan en el mejor rincón de la casa, en un pesebre de montañas, musgo y aserrín; esponjados frailejones, nubes de algodón, ángeles de anime, brillantes tierras de colores y una estrella de hilos dorados, sobre la humilde casa donde nace el Niño Jesús.

Y no podían faltar hombres y niños con sus ruanas azules y rojas, calurosos abrigos montañeros, recorriendo los fríos caminos de piedras, pastoreando sus corderos y sueños entre albricias, trigo y laurel.

—¿Por qué las ruanas de los parameños son siempre rojas y azules? —pregunta María Virginia y el Hada que todo lo sabe, le responde:

—Porque además de abrigo, sus colores sirven para comunicarse con los habitantes de las altas montañas, sin teléfono ni otras vías, en las largas distancias que separan unas casas de otras.

—Y ¿cómo comunican los colores de las ruanas? —vuelve a preguntar la niña que está en esa edad de querer saberlo todo.

—Pues en las fiestas, en el trabajo, que también es fiesta; en los paseos, la usan por el lado rojo. Son como flores encarnadas danzando al son de violines. Inclinados en el surco o los trigales, cuando siembran sus frutos o recogen las espigas maduras del trigo para hacer la harina y el pan, rinden homenaje a las alturas. El lado azul es para la noticia triste: un enfermo, un accidente o alguien que se queda dormido para siempre. Entonces los vecinos se preparan para la ayuda o la humana compañía. Las ruanas por el lado azul, tienen el color de la tristeza y de la noche.

—¡Hoy he tejido el mundo al revés! —dice alegre el Hada a María Virginia para espantarle los turbios pensamientos y ella mira en el cielo, peces que recorren las nubes y en el río, las estrellas que juegan como niñas hechas de luz.

—¡No está al revés! —dice María Virginia y voltea el cuadro. Todo como en el principio: arriba el cielo, abajo el río, mas todo es posible en la rica imaginación del mundo donde viven.

Y al cerrar la noche su abanico de sombras y la naturaleza duerme, María Virginia de mano de su Hada Ailed, contempla desde su torre de sueños, las estrellas y la luna hundidas en el agua

y en el cielo, peces alados, mariposas o simplemente niños en busca de un lucero.

El Hada de María Virginia teje, y por obra de magia aparecen montañas, casitas blancas, niños entre las flores, mas siempre una fuente, un río, una cascada, un cielo azul, porque el Hada Ailed no concibe belleza sin el agua, así sea en gotas de rocío sobre las plantas o en forma de vapor suspendida en las nubes.

—Y ¿el agua que va al cielo, qué se hace? —pregunta María Virginia.

Vuelve a la tierra con las lluvias, baña nuestras siembras, purifica el aire y agranda los ríos.

Esa noche, María Virginia es una gota de agua que crece y crece hasta convertirse en fuente donde cantan las ranas y duermen las hadas de sus cuentos. Y el sueño queda enredado en los hilos de su Hada que enlaza aquí y allá, los brillantes colores del día con las hebras de plata de la fuente.

Una tarde regresa María Virginia de su escuela más alegre que de costumbre porque le ha escrito un poema a Ailed, con su nombre al revés como lo hiciera el Hada con uno de sus cuadros:

A MI HADA AILED

Delia de hilo
Ailed de sol
Mágica aguja
Hada, duende, flor.

Delia de hilo
Ailed de sol.
De noche estrella
De día canción.

El Hada la abraza y besa una y mil veces más. Después, vestida de rojo a orillas de un pozo, se confunde con las cayenas y las amapolas en un cielo morado y azul. Sobre las piedras salta, a veces hada, a veces flor.

También el poema queda tejido con los estambres de luces y los hilos de amor, porque nada se oculta a la aguja del Hada Ailed.

Con igual sabiduría teje la lavandera de los ríos con faldas batidas por el viento que las mariposas cautivas en el verde del jardín, o el hombre montañés entre las rosas y el silencio; o los niños de los caminos con sus manojoitos de pensamientos y nomeolvides a la

sombra de nuestros árboles que revientan sus colores y los pájaros sus hermosos trinos.

—¿Qué es esto? —pregunta la amiga de María Virginia al contemplar uno de aquellos cuadros colgados de las paredes de su cuarto.

Solamente ella y su Hada saben el origen de esos niños tejidos tomados de las manos que juegan a ser tren o tranvía. El Hada con su varita encantada fue poniendo uno al lado del otro sobre el césped, entre un río de plata y un cielo de naranjas para que se quedaran allí junto a su fantasía de hilos como los eternos niños de sus sueños.

—Ailed, ¿todos los niños tienen hadas como yo?

—Sí. Cada niño tiene su hada que lo guía y acompaña con su aguja de tejer hilos, de tejer caminos, hasta que se hacen grandes.



Los baúles mágicos

Para mis nietos

Calle abajo camina Isabel, la señora que ha venido a descansar unos días del ruido y agitación de la ciudad donde vive. A cada paso siente recobrar ese reposo porque la ciudad que ahora visita; fría, tranquila, llena de pájaros, árboles y relojes, es como un hermoso pueblo sacado de un libro de cuentos para niños.

Junto a Isabel, camina también Anselmo, el vendedor de cosas viejas en el mercado y su hijo Efraín de siete años, quien siempre está más allá del horizonte. Sueña con el mar, barcos y mundos desconocidos; sus ojos se pierden tras una mariposa, un colibrí o un extraño visitante.

El hombre le ha ofrecido a Isabel unos baúles viejos que desea vender para comprarle alimentos a su familia.

Cada uno marcha en silencio. Los pensamientos y recuerdos hacen nido en la mañana apacible. La esperanza se hace realidad en el modesto hogar de Anselmo. La tristeza de un sueño roto nubla la mirada del niño y el recuerdo envuelve a Isabel en infantiles sonrisas.

Anselmo camina con rapidez. Tiene la urgencia de adquirir lo necesario para sus hijos. Isabel lo hace lentamente sobre la solitaria calle. Efraín es el más rezagado, no solo por sus cortos años, sino porque no quiere salir de sus baúles mágicos, ha encerrado, tantas veces, su alegría o su tristeza, junto a un juguete, animal, libro de cuentos o con el puro y cristalino deseo de verlos llenos de las piedrecitas del río.

—¡Señora, estos son! —dice Anselmo casi orgulloso de ser su dueño, de haberlos heredado de sus antepasados—. ¡Fíjese en la cerradura, en la madera! —y dando unos ligeros golpes en las tapas los abre para mostrarlos por dentro.

Los había limpiado muy bien, tanto por fuera como en su interior, para eliminar cualquier mancha, mas el olor a madera y a otros encantos imprecisos estaban ahí como un invisible duende que no quiere dejar sus dominios.

—Señora, véalos bien. ¡Hará una buena compra! —vuelve a decir Anselmo, mientras Efraín su hijo, mira a Isabel con una mirada entre la dulzura de un fruto y la tristeza de una mañana sombría.

—¡Qué gratos eran para los niños de antes los baúles! —dice la señora como recobrando su niñez—. Recuerdo los de mi casa, los de mi abuela. Siempre con llave. Cuando se abrían mostraban

fotografías, postales, cintas, joyas antiguas, pañuelos de encajes y otras cosas más. Eran como el sombrero de un mago, llenos de misterio y aire perfumado. Un país encantado, cuando la abuela volvía a cerrarlos y dejaba en el suelo papelitos de colores, cuentas de algún collar o una cajita de bombones vacía, para guardar nuestros tesoros.

El niño escucha con simpatía a la señora, porque ella se ha acercado a su mundo de fantasías.

Anselmo habla y habla de fechas, cerraduras, de buenas maderas y, sobre todo, de los motivos poderosos y urgentes para venderlos.

De pronto, un silencio invade la sala. Un perfume se extiende por toda la habitación. La claridad permite leer los pensamientos de los tres personajes. Cobran vida, como si los baúles, de repente, se volvieran mágicos.

—Aquí nacieron los cuatro gaticos de Minina —dice triste el niño—. En este guardaba libros, trompos y creyones...

—Pero... ¡Ahora hay que venderlos para comprarles leche y pan! —dice Anselmo.

—Guardaré también libros de cuentos, dulces, trompos, cometas, muñecos, para mis nietos y otros niños que me visiten —dice Isabel—. Ahí encontrarán juguetes e inventarán historias de

piratas, hadas, animales. Los veré jugar con alegría, al recordar los bellos años de mi infancia. Será motivo maravilloso para conversar con ellos.

Al cabo de un rato de largo suspenso para Anselmo y el niño, la señora dice:

—¡Comprará los dos! Uno será para su hijo. No quiero dejarlo sin un sitio para sus juguetes. Más tarde guardará sus recuerdos en los que estaré presente. El otro lo llenaré de sorpresas para los niños que se acerquen a mi casa. Cerrado, será un baúl de misterios... Abierto, un mundo de aromas y encantamientos...

Calle arriba van ahora los tres personajes de mi cuento. Cada uno tiene dibujada la felicidad en su rostro. El hombre lleva, además, a su espalda, un baúl que Isabel llenará de las cosas que comprará en esta bella ciudad, de artesanías, dulces y moras.

Al día siguiente el sol acompaña a Isabel por calles, rincones típicos, en busca de los tesoros para su viejo baúl: figuras de anime con el encanto de sus ruanas y cestas; campanitas de barro cocido que el viento hará sonar en los juegos de los niños; muñecas de trapo con sus ojos y brazos abiertos al suave roce de alguna niña que les repite las bellas canciones de cuna, aprendidas de su abuela

y su mamá. Pájaros y casitas, hechos por los niños de Azael. Los hermosos títeres de Paulino, con sus cuentos de Pedro Rimales, La sopa de piedras, La mata de centavos y el Encantador Mago, Cascarita, para las risas del domingo.

El sueño de Isabel cargado de aromas y música se confunde con una voz menuda, de brisa, flor o niño, que sale del baúl:

—Señora, también me llevará a mí. Estoy feliz por las alegrías que has dado a mis antiguos dueños y por las muchas que les esperan a los niños de la ciudad donde vives.

—¿Quién eres tú? —pregunta Isabel.

—Soy el duende del baúl. No olvides que los cuentos, juguetes y sueños siempre viven. Cuando hables a tus nietos y amiguitos de la ciudad que has visitado, cuéntales las leyendas de nuestras montañas, ríos, cascadas, lagunas y las bellezas de nuestros pueblos, así aprenderán a conocerla y amarla.

Cuando Isabel despertó de aquel hermoso sueño, cerró el baúl para que no se le escapara el duendecillo de sus recuerdos.



La lunita traviesa

Todas las mañanas Mamá Luna espera el regreso de sus hijas, las lunas nuevas, para escuchar las cosas hermosas que ellas le cuentan y la hacen sentir feliz. Le hablan de serenatas, de lluvias, flores, rocíos, cunas, pájaros y nidos.

La más pequeña de las lunitas está ansiosa de recorrer también el cielo, conocer nuevos rumbos y mientras Mamá Luna duerme en su hamaca de nubes, aprovecha para salir a dar un paseo por los caminos del espacio.

Cuando está de regreso descubre un pájaro extraño muy cerca de ella y se queda suspendida en el aire sin saber qué hacer. De pronto, todo se le vuelve oscuro.

Los pájaros y demás animales se van en busca de sus sitios para dormir. Los trabajadores dejan sus campos y vuelven a sus casas. Los niños no pueden ir a la escuela y los científicos empiezan a mirar hacia arriba en sus telescopios, detenidamente, pues no tienen conocimiento de algún eclipse para esa fecha.

La lunita preocupada no encuentra la manera de regresar a su casa y se queda hasta que un rayo de sol la sube a sus dominios de luz.

Mamá Luna, que la buscaba afanosamente por todos los rincones del cielo, se pone muy contenta al verla y su hija le cuenta el miedo que sintió con tanta oscuridad.

A la lunita traviesa por salir sin permiso, su madre la encierra en un cuarto menguante y da órdenes a la Luna Nueva, su hija mayor, para que salga más temprano a averiguar lo sucedido en la Tierra con el paseo de Lunita.

Al amanecer del día siguiente, Luna Nueva dice que su hermana nada malo hizo sino que, asustada por un extraño astro, le tapó la cara al sol cuando este salía a cumplir su misión: iluminar y dar calor a los seres de la naturaleza.

Entonces Mamá Luna suspende el castigo a su hija, y le dice:

—Tendrás que esperar muchos años luz para salir de nuevo, como tus hermanas, por los mundos siderales.

Todo sigue igual en el cielo, mas en la Tierra piensan que en cualquier momento, la Lunita puede volver a escaparse y llene de sombras al día.



Índice

Pág.

- 7 Los cuentos del colibrí
- 11 El cuento de la Cigarra niña
- 15 El hacedor de sueños
- 23 Las primeras lecciones de Pico de Plata
- 33 El hada que tejía el agua y el cielo
- 43 Los baúles mágicos
- 49 La lunita traviesa



Los cuentos del colibrí
se editó con amor en digital
en el mes de marzo de 2023,
en el Fondo Editorial
Carmen Delia Bencomo – IBIME
Mérida – Venezuela.



Carmen Delia Bencomo

Nació en Tovar el 05 de julio de 1923 y murió en La Guaira el 12 de octubre de 2002. Fue poeta, narradora de cuentos y obras de teatro para niños y jóvenes; maestra de Preescolar y bibliotecaria en Caracas y en la Creole de Cabimas. Colaboradora en varias publicaciones como la *Revista Shell de Venezuela*, *Cultura Universitaria*, *Revista Nacional de Cultura*, *Churún Merú*, *Tricolor* (1969-70), entre otras. Fue Coordinadora de Actividades Culturales de la Compañía Shell, Directora Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura y Coordinadora de Cultura de la Gobernación del Estado Mérida. Inventó una manera de hacer arte a través de retazos de tela. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos Infantiles auspiciado por el Banco del Libro, con *La cigarra niña* (Caracas, 1965). Con *Los papagayos* ganó el Primer Premio de Teatro Infantil (Dirección de Cultura de la UCV, Caracas, 1967). En Europa realizó estudios de Literatura y Biografías Infantiles.

Ludwianna Piñero Pereira (Luna Gogh)

(San Fernando de Apure, 1999). Artista plástico y tatuadora. Estudiante de Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), Mérida. Es ilustradora y diseñadora gráfica en el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo del Ibime, desde febrero de 2018 donde ha ilustrado numerosos libros.



@lunagoghart

